



LUTERO 450 años después

Una exposición objetiva
de la contradictoria época
vivida por Lutero. La cristiandad
estaba destrozada de arriba a abajo,
desde el Papa al sacristán. La Iglesia con
tres Papas. Comunión diaria: prohibida. Concilios.
La mitad de la cristiandad excomulgada. Lutero y Juan XXIII.

Por IGNACIO PEREZ DEL VISO, S. J.

31 de octubre de 1517. Martín Lutero, monje agustino de 34 años, clava en la puerta de la Iglesia de la Universidad de Wittemberg una lista de 95 tesis. Comienza una nueva **Reforma** de la Iglesia. Varias habían sido intentadas durante la Baja Edad Media (1300-1500). El mismo año de 1517 se clausuraba el V Concilio de Letrán con las más violentas quejas sobre la situación de la iglesia. **"Los espíritus viven esperando algo grande y dirigen cada vez más los ojos a Erasmo"** (Huizinga). **"Pero sólo Lutero descubre el verdadero semblante de la época"** (Lortz).

Al católico, mucho más al latino, le resulta muy difícil comprender el movimiento religioso de la Reforma, acaecido allá lejos y hace tiempo. Generalmente ha recibido un producto ya elaborado, negativo y polémico. Toda apreciación positiva de Lutero y de su obra parece conducir a un conflicto con la propia fe católica: ¿cómo aprobar un movimiento dirigido contra la Iglesia católica? Pero aquí convendría hacer otra pregunta: La Reforma, en sus orígenes, ¿fue un movimiento **contra** la Iglesia católica, o más bien el intento más serio y radical de reformar la Iglesia, sólo comparable al del Concilio de Trento?

Lamentablemente para todos los cristianos, la Reforma y Trento siguieron caminos divergentes. El Vaticano II, cuatro siglos después, nos permite imaginar un Trento **"convergente"**. Y nuestros hermanos de la Reforma nos están ofreciendo igualmente una **"Reforma convergente"**. El mo-

vimiento centrifugado de la historia religiosa de occidente ha sido invertido y centripetado. La misma historia nos aproximará tanto unos a otros que ya no encontraremos excusa para continuar desunidos.

• DESDE EL PAPA AL SACRISTAN

No terminaremos de comprender los propósitos de la Reforma si no nos hacemos una idea de lo que era necesario reformar. Un historiador católico, Joseph Lortz, en su voluminosa **"Historia de la Reforma"**, nos descubre el mundo, en cierto modo increíble, que precedió a la Reforma y al Concilio de Trento. Se estaba harto de todo, se quería poner fin a todo. Piadosos católicos afirmaban que **"la cristiandad está destrozada de arriba a abajo, desde el Papa al sacristán"**.

Martín Lutero apeló del Papa a un Concilio. Para un católico del siglo XX es incuestionable que Concilio y Papa gozan de autoridad suprema en la Iglesia; no tendría sentido apelar del uno al otro. Pero en aquellos tiempos tormentosos no se veía tan claro. No olvidemos que el mismo emperador Carlos V amenazaba al Papa Clemente VII con un Concilio y escribía a los cardenales: **"Si Su Santidad no quiere convocar el concilio, deben convocarlo los cardenales conforme a derecho"**. Y a la muerte de Clemente VII se temía un cisma: si los cardenales imperiales elegían un Papa, Francia e Inglaterra nombrarían un antipapa. Para príncipes y car-

denales el Papa había pasado a ser, de signo de la unidad cristiana, un instrumento de luchas políticas. **"Los Papas —dice Lortz— eran en gran medida representantes de su familia. El Papado se había convertido en una continuación de las generaciones dinásticas"**.

• HASTA LA CUARTA GENERACION

Con los Papas de Avignon había entrado el furor de excomulgar: se calcula que en 1307 la mitad de la cristiandad estaba excomulgada. No era raro que se excomulgara a un príncipe hasta la cuarta generación o que se negara sepultura eclesiástica a un pobre diablo por no haber pagado una pequeña deuda. La excomunión era tratada en las ligas de príncipes y ciudades como cualquier otro proceso: los firmantes del pacto se obligaban a hacer frente común contra ella y a no reconocerla. En tal ambiente, no debe extrañarnos que Lutero hiciera poco caso de la excomunión lanzada contra él. Más aún, debemos preguntarnos cuál era el sentido exacto de tales excomuniones; quizás no pasara de ser, en líneas generales, un arma político-religiosa para mantener el orden en la cristiandad. En todo caso su sentido estaba profundamente viciado por la confusión entre lo temporal y lo espiritual, con la teoría de las dos espadas o dos poderes supremos que reclamaban los Papas medievales.

• CUARENTA MILLONES DE AÑOS

La compra y venta de puestos eclesiásticos constituía otra lacra de la Iglesia. Los ingresos papales eran muy superiores a los del emperador. Al conceder una prebenda clerical Roma percibía un impuesto especial llamado **"anata"**, a tal punto que la repetición de una vacante podía significar la ruina financiera de una diócesis. En 1513 Maguncia sufre su tercera vacancia episcopal en ocho años; elige entonces como arzobispo a Alberto de Brandenburgo, que promete aportar de su bolsillo. Pero las deudas que contrajo lo llevaron a un regateo eclesiástico que se solucionaría con la gran cruzada de indulgencias de 1517.

Los grandes señores coleccionaban reliquias. Los peregrinantes, mediante un interesante recorrido acompañado de alguna oración, atesoraban, en Wittemberg casi dos millones y en Halle casi cuarenta millones de años de indulgencia. Ni la devoción a María fue perdonada por estas exageraciones. El gran teólogo Okham trata temas como éste: **"Dios padre es hijo de la virgen"**. Descubrimos formas hipertrofiadas del culto a María: en Miklashausen, diez mil peregrinos arrojan sus vestidos en la capilla para honor de la Reina del Cielo y vuelven desnudos a casa. Erasmo llega a exclamar: **"Besamos los zapatos de los santos y sus asquerosos sudarios y olvidamos sus libros que son sus más santas y eficaces reliquias"**.



• MISA SECA

La comunión diaria estaba prohibida con amenaza de excomunión. Generalmente solo se recibía la comunión pascual estrictamente prescrita —y forzada mediante castigos corporales— con la obligada y doble confesión anterior.

La celebración de la misa también dejaba mucho que desear, se celebraban misas de difunto por vivos para provocar su muerte, misas por los condenados en el infierno, etc. No faltaban tampoco las "misas secas": el sacerdote interrumpía la misa antes del canon o la terminaba sin consagración cuando no le bastaba lo dado en el ofertorio.

Todos estos abusos y muchos más que se podrían enumerar nos permiten palpar al aire irrespirable y sofocante que angustiaba a los creyentes más sinceros. Durante dos siglos se clamó por una Reforma, comenzando en la Cabeza —Papa, curia, cardenales, obispos— pero los príncipes eclesiásticos se las ingeniaron para salir a flote después de cada crisis. Los tormentosos concilios de la Baja Edad Media habían puesto a los Papas entre la espada y la pared, pero consiguieron éstos disolverlos a tiempo, sin llegar a concretar ninguna reforma substancial. Lutero tuvo el mérito de fijar un plazo a esta dilación biseular. De grado o por fuerza hubo que emprender la Reforma de la Iglesia. El mismo hecho de que esta Reforma se produjera en dos direcciones diferentes nos descubre la profundidad de

la crisis religiosa de occidente al finalizar la Edad Media.

• UNA IGLESIA CON TRES PAPAS

La escisión de la Reforma, en sentido protestante y católico, nos hace pensar en el gran cisma de occidente (1378-1417). Dos Papas estaban frente a frente, excomulgándose mutuamente. Los partidarios de ambos se enfrentaban en obispos, abades, parroquias y familias. El caos era indescriptible y constituía un grave problema de conciencia. El Concilio de Pisa depuso a ambos y eligió un tercero. Pero como ninguno de los dos anteriores pensó en ceder, la Iglesia tuvo tres Papas. Estaba tricéfala o, lo que es lo mismo, acéfala. Poco importaba que, desde el punto de vista canónico, uno fuera el legítimo. Los mismos santos no podían descubrirlo. Santa Catalina de Siena abogada por el Papa de Roma, San Vicente Ferrer, Santa Coleta de Carbie y el Beato Pedro de Luxemburgo por el de Avignon. Y, además, según la opinión de los mejores teólogos, un Papa de cuya legitimidad se duda seriamente, deja de ser Papa o, en último caso, según otros, podría ser depuesto por un Concilio. Recién en el Concilio de Constanza (1414-1418) la Iglesia de occidente superó el cisma y encontró el camino de la unidad en la dirección del Papado. Pero el Papado debía ser reformado radicalmente si no quería verse envuelto en una crisis de proporciones mayores como, de hecho,

ocurrió. Y muy poco faltó para que, dentro del mismo campo católico, el emperador Carlos V depusiera al Papa, o Francia e Inglaterra tuvieran su antipapa. Nuevamente, como cien años antes, se oscurecía el Papado, dejando de ser, para millones de cristianos, signo de la unidad. Ya casi no tenían sentido ni los antipapas: poco se ganaba con cambiar un papa renacentista italiano por un príncipe eclesiástico alemán o un obispo de la corte francesa. Se quería volver a la simplicidad del Evangelio, a la mansedumbre sobre las excomuniones, a la pobreza sobre los palacios eclesiásticos, a la fe sobre las supersticiones y a la ignorancia, a la libertad sobre el centralismo y absolutismo romanos. Y la estructura del Papado, al abrirse el siglo XVI, no parecía suficientemente evangélica como para canalizar en torno a sí todos los esfuerzos de Reforma en la Iglesia.

En el terreno católico, también se vivió agudamente la crisis de la Reforma. Ignacio de Loyola, además de sufrir las cárceles de la Inquisición española por dar ejercicios espirituales, tuvo que padecer la incompreensión de Roma. Sus ideas tenían, en la Curia, un sabor luterano. No se comprendía cómo podría subsistir una Orden religiosa sin hábito, sin coro, sin penitencias obligatorias, sin reglas, con la sola ley interior de la caridad... Lo que no se comprendía era que la Edad Media había terminado y que debían buscarse nuevas estructuras para los tiempos nuevos.

• LUTERO Y JUAN XXIII

Martín Lutero no pretendió fundar una nueva Iglesia. La única que concebía era la de todos los bautizados, la de todos los creyentes que esperan y confía en el Señor Jesús. Pero una generación después, católicos y protestantes se enfrentaban como dos Iglesias irreconciliables. Lutero pensó, entonces, que tenía motivos justificados para tachar al Papa de Anticristo. Si le hubiera tocado un Papa Juan XXIII, esa frase y muchas otras no habrían salido de sus labios. Pero la historia encierra un misterio. Dios permitió que Lutero y el Papa se desencontrasen, que un movimiento carismático no pudiese ser asimilado por la línea institucional. Quizás previendo que esta división permitiría, a la Iglesia, cuatro siglos después, una profunda reflexión sobre su propia esencia y su unidad. Lutero apeló a un Concilio. Tal vez un Concilio futuro recoja esa apelación en el sentido en que podía ser pronunciada en momentos de tal confusión. El Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras, declarando nula la mutua excomunión que hace nueve siglos dividió al Pueblo de Dios en oriente y occidente, abren nuevas posibilidades para reasumir y reexaminar los anatemas que consumaron la división en occidente. Mientras tanto los católicos podríamos meditar una frase de San Clemente María Hofbauer, citada por Lortz en otra de sus obras (*Historia de la Iglesia*): **"La Reforma protestante surgió porque los alemanes tenían y tienen la necesidad de ser piadosos"**.